

23 diciembre 2024

[Mal 3,1-4.23-24; Lc 1,57-66](#)

Homilía

En su Evangelio, san Lucas establece un riguroso paralelismo entre Juan Bautista y Jesús. Dice de Isabel y de María: «Cuando le llegó el tiempo de dar a luz, dio a luz un hijo». En el caso de Juan, fueron los vecinos los que vinieron a alegrarse con la madre y el niño; en el caso de Jesús, fueron primero los pastores y luego los Magos. Zacarías, como José, desempeña un papel más bien discreto. Con Juan, como con Jesús, se pregunta «cómo será este niño». Ambos tuvieron una larga preparación -Juan en el desierto, Jesús en Nazaret- antes de una vida pública bastante breve.

La primera lectura de la misa de hoy establece un paralelismo con el nacimiento de Samuel. Los santos, ya sean del Antiguo Testamento o del Nuevo, no son simples modelos que admirar desde lejos. Más bien, son personas que nos revelan, cada uno a su manera, lo que estamos llamados a ser.

Cada uno de nosotros puede decir, como el Siervo del Libro de Isaías: «Estaba aún en el seno de mi madre cuando el Señor me llamó». Ésta es, ante todo, la llamada fundamental y universal a ser hijos de Dios, incluso antes que la llamada a ser testigos del Evangelio de Jesús, o de tal o cual forma de vida en la Iglesia. Cada uno de nosotros puede decir también: «Soy precioso a los ojos del Señor». Y podemos añadir, sin orgullo, que el Señor nos ha dicho también: «Os haré luz de las naciones», porque es a todos nosotros a quienes Jesús ha dado la misión de ser «la sal de la tierra y la luz del mundo». ¿Cómo podemos hacerlo? -- Siendo, con nuestra vida, una manifestación viva del amor misericordioso del Señor, que nos ama a pesar de todas nuestras limitaciones e incluso a pesar de nuestros pecados. David, tal como nos lo describe la Biblia, no era un «monaguillo»; y sin embargo, Pablo nos dice que era un hombre conforme al corazón de Dios: un hombre humilde, siempre dispuesto a recibir el perdón.

De cada uno de nosotros, como de Juan, podemos decir: «La mano de Dios está sobre él». Dicho de otro modo, estamos en la mano de Dios; o, para utilizar una imagen totalmente antropomórfica, podemos decir que una de las manos de Dios nos sostiene y la otra está sobre nosotros, de modo que estamos acurrucados entre sus dos manos. Estas imágenes un tanto ingenuas expresan una convicción más profunda: que nuestra seguridad es total, porque descansa en el Todopoderoso. No tenemos nada que temer, nos ocurra lo que nos ocurra, de modo que

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

podemos, como Juan Bautista, ser seres libres -totalmente libres, que no tienen que demostrarse nada a sí mismos -ni a los demás- y que, por tanto, pueden permanecer en silencio, en el desierto, el mayor tiempo posible, y hablar sin miedo, incluso con fuerza y hasta con los grandes de este mundo, cuando la Verdad lo exige.

Pidamos a Dios, para cada uno de nosotros, la humildad y la libertad que caracterizaron a Juan Bautista.

Armand Veilleux

21 de diciembre de 2023 - 4ª semana de Adviento